

LUCIO MENDIETA Y NÚÑEZ

PRESENTE Y PORVENIR DE LAS CIENCIAS SOCIALES

SE NOS ha pedido que prologuemos este ciclo de conferencias que hoy se inicia en la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, diciendo algunas palabras a propósito de las proyecciones pragmáticas de las diversas carreras que en ella se estudian. Y nosotros hemos accedido desde luego, pese a que en otra ocasión expresamos aquí algunas ideas sobre el mismo tema, porque siendo responsables de la creación de este nuevo centro de estudios universitarios, consideramos necesario reiterarlas siempre que haya oportunidad para ello, ante las nuevas generaciones que cada año sienten la vocación por el estudio de la sociedad y sus problemas.

La creación de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales despertó suspicacias, pesimismo y discusiones que aún no desaparecen porque son muchos los que no tienen fe en las disciplinas que le sirven de base y no pocos los que las niegan. Por eso hemos denominado a este brevísimo ensayo "Presente y Porvenir de las Ciencias Sociales," pues queremos dilucidar su validez científica, su posición en la esfera total de los conocimientos humanos y las posibilidades prácticas de las nuevas profesiones (nuevas en nuestro medio social) que en ellas se fundan.

Aquí tocamos la absurda cuestión de la primacía de las ciencias de la naturaleza sobre las ciencias del espíritu, porque la cierta desconfianza con que se ve a éstas se deriva de la comparación entre los resultados precisos, en ocasiones espectaculares a los que llegan aquéllas y los siempre discutibles de las disciplinas que se ocupan de los varios aspectos de la cultura.

Mientras en las ciencias de la naturaleza, se dice, todo es exactitud y dan lugar a aplicaciones de indudable valor práctico, las pretendidas ciencias del espíritu se pierden en discusiones y vaguedades. El asunto, como

se ve, es en extremo arduo; pero lejos de soslayarlo vamos a dedicarle unas breves líneas de análisis desapasionado.

Empezaremos diciendo que ni las ciencias de la naturaleza llamadas también exactas son tan exactas como se dice, ni las de la cultura, con referencia especial a las sociales, tan inexactas como se piensa. La historia de las primeras está llena, como la de las segundas, de errores, de tanteos y rectificaciones que parecen interminables. Por otra parte, en las ciencias sociales se usan métodos rigurosos, tanto como los empleados en las ciencias de la naturaleza, y a veces, inclusive, pueden adoptar los de ésta, con satisfactorios resultados, según lo demuestra Lundberg brillantemente en el capítulo inicial de su *Técnica de la Investigación Social*.¹

En cuanto a la importancia de los dos órdenes de ciencias: de la naturaleza, de la cultura, la preeminencia de éstas sobre aquéllas es indudable y apenas si merece ser discutida.

Las ciencias de la naturaleza se ocupan siempre de cosas físicas, tratan de penetrar en los secretos materiales del mundo y de la vida, en los del universo mismo, para descubrir las leyes que los rigen o para conocerlos en su integridad; pero siempre en función del hombre, de sus necesidades y de sus aspiraciones.

Todo descubrimiento, cualquier progreso realizado en el campo de las ciencias exactas, cae inmediatamente, por sus aplicaciones, bajo el dominio de las ciencias sociales.

Sin las ciencias sociales los progresos, las conquistas de las ciencias de la naturaleza resultarían la mayoría de las veces inoperantes o nocivas o monstruosas, pues esos progresos, esas conquistas, quiérase o no, se proyectan casi siempre en realizaciones materiales que influyen en la vida social. He aquí una maquinaria cuya creación ha sido posible gracias a descubrimientos efectuados en la física o en la mecánica y cuyo fin es producir objetos o materiales o artículos de primera necesidad industrializados, en cantidades gigantescas y con la manipulación y a veces bajo la simple vigilancia de un solo obrero. Su efecto social inmediato es lanzar a la miseria a millares de trabajadores que antes producían esas mismas cosas de otra manera. Si no intervienen las ciencias sociales como la economía y el derecho para evitar esas consecuencias o atemperarlas, los triunfos de las ciencias de la naturaleza resultan en muchos casos antisociales. El descubrimiento de las cualidades estupefacientes de ciertas plantas y sustancias y su industrialización inmediata, sirvió para aliviar el dolor de muchos enfermos; pero creó al

¹ George A. Lundberg, *Técnica de la Investigación Social*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 19 ss.

mismo tiempo los paraísos artificiales que provocan la degeneración social cuyos efectos serían fatales para la humanidad, sin la intervención salvadora de la ley. Éstos son apenas dos ejemplos; pero podrían examinarse todos los resultados de las ciencias exactas que no se quedan en la esfera del puro conocimiento, sino que dan lugar a objetivaciones prácticas de trascendencia colectiva, para probar que sólo tienen valor y eficacia gracias a la organización social, a las circunstancias creadas y sostenidas por las ciencias del espíritu. Si la moral y la diplomacia y la política, tres disciplinas que pertenecen al campo de las ciencias sociales, no logran frenar la locura del empleo bélico de esa portentosa hazaña de las ciencias exactas que es la desintegración del átomo, quienes sobrevivan a la probable guerra nuclear y las generaciones subsecuentes, vivirán maldiciendo a los científicos que la hicieron posible.

Sin desconocer su importancia, la verdad es que no son los intereses materiales, sino los del corazón y del espíritu los que rigen la existencia y el destino del hombre. Las ciencias más antiguas son las de la cultura. Cuando el hombre aún no había penetrado científicamente en los secretos de la naturaleza, ya vivía, sin embargo, en comunidades organizadas de acuerdo con incipientes formas jurídicas y orientaba su conducta según las normas de la moral y en algunos pueblos de cualidades privilegiadas, investigaba los fenómenos sociales y del cosmos, sin instrumentos de precisión y sin técnicas, valiéndose sólo de esa aventura extraordinaria del pensamiento que es la filosofía.

Pero entiéndase bien, nosotros no tratamos de desestimar a las ciencias de la naturaleza ni a sus científicos. Bien sabemos que son auxiliares poderosos en la consecución de las metas de bienestar humano y de justicia que figuran, en último análisis, entre los fines de las ciencias sociales, pues aun cuando ni éstas ni las ciencias de la naturaleza tienen, teóricamente, otro fin que el conocimiento puro, lo cierto es que ambas están, como antes dijimos, en función del hombre que es, según la frase de Protágoras, el griego insigne, la medida de todas las cosas.

No es pues la desestimación de las ciencias de la naturaleza lo que pretendemos, sino colocarlas en el sitio que les corresponde dentro de las relaciones humanas y subrayar la necesidad de su mutua colaboración para el bien de la humanidad.

La desestimación de las ciencias de la sociedad aun por gentes que poseen elevada cultura, es un fenómeno que tiene varias causas que conviene analizar. Desde luego, sucede con ellas que están a merced hasta de los más ignorantes, de los menos capacitados, porque para abordar su objeto,

basta saber hablar y tener medianas facultades de raciocinio. ¿Quién que tenga estas dos condiciones no puede disertar sobre política? ¿Quién no se ha puesto en la sobremesa de un café a arreglar el mundo? ¿Quién no se siente capaz de opinar sobre economía, sobre las leyes, sobre moral, sobre las cuestiones sociales más diversas? ¿Quién no se dedica alguna vez a filosofar? En cambio, para tratar cuestiones que caen en el dominio de las ciencias de la naturaleza, se requieren estudios y conocimientos precisos que muy pocos poseen. La aparente facilidad de las ciencias del espíritu ha producido una literatura copiosa, en muchos casos banal, intrascendente, en la que es difícil hallar lo verdaderamente valioso y perdurable. La demeritada situación de las ciencias del espíritu se refleja en la especulación científica y en las universidades, pues ha dado como resultado el establecimiento de una diferenciación tajante del saber en ciencias y humanidades, como si se tratara de dos polos opuestos, como si las ciencias no fuesen humanas y las humanidades no fuesen científicas; y a su vez esta dicotomía ha producido la especialización excesiva en ambos campos y la incompreensión mutua de quienes a ellos se dedican, con grave perjuicio para unos y otros y de la ciencia misma si la consideramos, en su conjunto, como una gran unidad que se divide en diversos territorios sólo por exigencias metodológicas.

Ortega y Gasset llamaba a los científicos los bárbaros modernos, porque encerrados en sus especialidades parecen ajenos a las palpitantes cuestiones de la vida y de la cultura; pero con el mismo derecho podrían llamar ellos a los especializados en ciencias del espíritu los ignorantes modernos, porque encerrados a su vez en sus lucubraciones suelen no conocer las grandes conquistas logradas por las ciencias de la naturaleza que también forman parte de la vida y de la cultura.

Es hora ya de reaccionar contra el descrédito de las ciencias del espíritu y de la distinción depresiva para éstas entre lo puramente científico y lo puramente humanístico, puesto que como hemos visto, no puede existir tal pureza desde el momento en que ambos campos de la ciencia se conjugan en la vida social y deben estar, por ello, íntimamente relacionados.

En las ciencias sociales la reacción contra las incursiones de los imprevistos que las desprestigian, se viene operando desde hace tiempo y consiste en su creciente sistematización y en la adopción de métodos rigurosos de investigación y de estudio, así como en una implacable revisión crítica.

Por lo que se refiere a la especie de oposición o cuando menos separación entre ciencias y humanidades que parecen prohijar las universidades,

urge, con urgencia que no admite plazos, adoptar una política educativa que termine con las exageraciones de tan nociva distinción. Nosotros, aprovechando la reciente creación en la Universidad Nacional de México, del Consejo del Doctorado, presentamos un proyecto que tendía a revolucionar la enseñanza superior universitaria. Pretendimos que en los doctorados de ciencias se estableciera, como asignatura común y obligatoria para todos, un curso que se denominaría de información humanística, y en los doctorados de humanidades, a su vez un curso con iguales características denominado de información científica. Ambos cursos se desarrollarían en forma de ciclos de conferencias sustentadas por especialistas en las diversas ramas de las ciencias y de las humanidades y tendrían por objeto establecer un intercambio de conocimientos sobre los últimos hallazgos, adelantos, orientaciones y métodos en esas dos formas del saber, una mutua comprensión entre los cultores de las mismas. Desafortunadamente nuestra iniciativa no fue estimada; pero si no en ésta, lo cierto es que en cualquiera otra forma debe lograrse una constante interrelación entre las ciencias del espíritu y las ciencias de la naturaleza si se quiere obtener una verdadera elevación en los conocimientos humanos.

Por fortuna y a pesar de sus deturpadores, entre las ciencias de la cultura, las sociales están cobrando en la actualidad extraordinaria importancia. Este siglo en que se inicia la era atómica, parece ser también, significativamente, el de las ciencias de la sociedad. La humanidad, atormentada por múltiples problemas, vuelve los ojos hacia los científicos sociales buscando en ellos las soluciones adecuadas. En todo el mundo civilizado se empieza a conceder, en esta hora, a las ciencias sociales particular atención. En los Estados Unidos de Norteamérica, que pasa por ser el país más práctico, más realista, aparte de que se intensifican cada día más en las universidades las enseñanzas de las ciencias de la sociedad, se gastan anualmente muchos millones de dólares en estudios e investigaciones sociales. Allí los sociólogos, los economistas, los psicólogos, los antropólogos, son muy solicitados tanto por la Administración Pública como por diversas instituciones privadas.

En reciente comunicación, nuestro eminente amigo, el sociólogo norteamericano Dr. Stuart A. Queen, de la Universidad de Washington en San Luis Missouri, nos dice a este respecto:

“Probablemente la contribución más importante de las ciencias sociales a los asuntos prácticos es la obra *The american soldier* (4 volúmenes, Princeton University Press, 1949). Trata de investigaciones realizadas por los sociólogos y psicólogos para el ejército norteamericano durante la segunda

Guerra Mundial. En ella hay estudios de los soldados norteamericanos, del enemigo, de la gente civil; sobre moral, sobre las reacciones al bombardeo, sobre la combinación de tropas blancas y negras y respecto de otras cuestiones relacionadas con la guerra.

“Estudios semejantes se han realizado en la Oficina de Investigaciones Navales y en la Fuerza Aérea de los Estados Unidos.

“Durante muchos años el Departamento Federal de Agricultura ha empleado a sociólogos y a economistas y a otros expertos en ciencias sociales, para examinar las condiciones de la vida rural y los factores relacionados con el éxito o el fracaso de programas gubernamentales en áreas rurales de nuestro país.

“Igualmente —continúa nuestro informante—, la Dirección para la Protección de los Niños ha realizado muchos estudios de la salud, la educación, la pobreza y la delincuencia de los menores de edad. Tales investigaciones han influido en la legislación durante cuarenta años.

“Además, hay estudios numerosos para empresas industriales y comerciales, organizaciones cívicas y otros grupos. Hace cuatro años yo dirigí una investigación del costo de la segregación de razas en las escuelas públicas del Estado de Missouri. Esta investigación se hizo por cuenta de la Asociación pro Mejoramiento de la Gente de Color y por la Asociación de Missouri para el Bienestar Social.

“Hay en casi todas las ciudades grandes de este país, una junta coordinadora de agencias de beneficencia y salud. La función de estas juntas consiste en la investigación de problemas sociales, la planeación de programas de asistencia y de legislación, la coordinación de actividades en los campos del trabajo social y de la salud pública. La dirección de las investigaciones y de los programas está a cargo de sociólogos o de otros científicos sociales.”

Agreguemos nosotros que no sólo en Estados Unidos de Norteamérica, sino también en Europa, en la India, en las regiones del África dominadas por países europeos, el estudio de las ciencias sociales y la investigación social se desarrollan de modo sorprendente, gracias a la acción de las universidades y de los institutos especializados bajo el patrocinio de organizaciones internacionales como las Naciones Unidas, la UNESCO, y de fundaciones tales como la Gugenheim, la Rockefeller, la Ford.

Este gran movimiento en favor de las ciencias de la sociedad, está influyendo en los países de la América Latina, en los que tradicionalmente la Administración Pública y las instituciones y empresas privadas han estado a merced de un empirismo rutinario. Aquí el campo que se abre ante

las ciencias aludidas es extraordinariamente extenso y casi virgen. Las cuestiones raciales y educativas, los problemas económicos y de aculturación, las relaciones internacionales, la organización cívica y política de las masas de obreros y campesinos, la orientación de la opinión pública, exigen, para su resolución adecuada, estudios e investigaciones de carácter científico social que aun cuando con cierta lentitud y pobreza, se empiezan ya a desarrollar bajo los auspicios de gobiernos, de universidades y de las organizaciones internacionales y fundaciones precitadas.

El presente de las ciencias sociales y por lo mismo el de las profesiones que en ellas se fundan es, como se ve, alentador y su porvenir más brillante aún, porque el mundo se ha convencido de que no será por las conquistas materiales de la ciencia como podrá hallar el camino de la paz, de la libertad y de la justicia, sino a través de una planificación social en la que esas conquistas estén consideradas como medios y no como fines.